

El Escorial – SEUT – 23 de Abril de 2008

Queridos colegas:

Deseo que estéis bien y con buen ánimo ante el calorcito de los próximos días de verano o del Pentecostés que se aproxima, hoy corresponde comentar el evangelio de San Juan 14, 15-21 y otras lecturas pero permitidme centrarme en este evangelio.

Ante la inquietud de cuáles serían mis mejores palabras para compartir sobre lo que pienso de este texto, no estoy seguro si escribir un bosquejo o una carta. Así que dejaré que el Prometido me ayude a compartir lo que pueda servir en algo a cada uno, esto por supuesto después de haber recordado algunas de las lecciones de mis pacientes profesores y de leer alguna que otra ayuda bibliográfica.

Me parece que este texto se ubica dentro de los llamados Discursos de Despedida de Jesús, quien ante su inminente testimonio en la Cruz hace una serie de promesas que fortalecerán a las personas que le han acompañado en su ministerio físico-terrenal. Además, tal como algunos de vosotros lo habéis discutido, dialogado o enseñado, este llamado Cuarto Evangelio se ubica en un contexto donde hay influencia helenística, de allí que el lenguaje que utiliza el evangelista a veces contiene ciertos dualismos propios de esa cultura, utiliza símbolos y también palabras o frases con doble sentido.

(Si algo no entendéis en lo que digo, no es porque siga el ejemplo del evangelista de utilizar doble sentido, es simplemente que no lo he sabido expresar bien.)

Mi inquietud es cómo este texto puede ofrecernos un aporte hoy que fuese específico a nuestra condición de colaboradores del Reino desde la Educación Teológica.

Bueno, veremos a dónde llegamos....

Lo primero que encuentro en el texto mismo es una frase condicional interesante "Si vosotros me amáis..." es decir, partimos que esto tiene especial interés para aquellas personas que aman a Jesús... no hay otra. Es decir, se está dirigiendo a la comunidad que es cercana a él... algunos también dicen que este texto lo escribe Juan para y pensando en su propia comunidad cercana.

Pues bien, creo que el tipo de amor que aquí se refiere es aquel que conlleva la entrega plena de todo lo que somos. Se refiere a una forma de relación que supera lo emocionalmente conocido como amor, pues tiene implicaciones especialmente de servicio y sacrificio. Este amor es el que hace sentirnos comprometidos a hacer realidad los pensamientos, las palabras, los deseos de aquel a quien amamos, es decir, llegamos a "obedecer" que más parece que quisiera decir, "tomar muy en serio lo que hemos hablado".

Aquí me quiero salir del texto bíblico, durante un breve momento, para anotar que en muchas relaciones humanas o institucionales, la "obediencia" se ha confundido con "sumisión ineludible". Generalmente, este tipo de obediencia está relacionada a no ser contestatario al poder o autoridad establecida, ya sea esta religiosa, política – familiar o institucional. Lo digo, porque tantas veces he escuchado en algunas predicaciones que "tenemos que obedecer", que "sin obediencia somos de la carne y no del espíritu" ... pero si observamos con un poco de detenimiento, según estos predicadores, a quien hay que obedecer es a la autoridad religiosa en dicho iglesia o congregación. En algunos lugares, incluso, llega a extrapolarse a la relación entre pueblo y autoridades gubernamentales, fomentando así la dominación política pu-

ra y dura al estilo de cualquier dictadura. Lo cual, por supuesto, es todo lo contrario de la relación amor – obediencia en la comunidad cristiana que estará orientada a la libertad de amar y servir al otro y con el otro y no a la opresión y explotación de uno sobre los otros.

En este texto de Juan 14, para amar a tal grado que sí tomaremos en serio al amado, tenemos que hacer y vivir lo que se nos ha enseñado, sus palabras, sus mandamientos, su pensamiento, lo que hemos estado conversando y lo que Jesús ha estado enseñando.

Amar, según los escritos de Juan, se refiere a amar a Dios y amar al Próximo, tal como él lo ha hecho. Esta dinámica de amor entre unos y otros sería la señal, por excelencia, que sí son los discípulos, (Jn. 13,35).

Lo que me llama la atención es que Jesús hace esta afirmación, en su discurso de Despedida, rumbo a la cruz, lo cual plantea la pauta de hasta dónde llega el amar a los demás, pues no es más que hasta las últimas consecuencias, es decir, el sacrificio, la muerte. Ya lo dirá en otro momento “No hay amor más grande que éste, el que pone la vida por sus amigos” (Jn.15,13).

Se resalta, así, la ética de la vida y la solidaridad que ha de mantener la comunidad cristiana. Una ética que al asumir sus compromisos conlleva y han llevado a muchos discípulos del Maestro a asumir el sacrificio de su propia vida, tal como lo hemos podido vivir y ver en muchas comunidades latinoamericanas.

Sin embargo, ante lo difícil también viene la promesa, por lo cual podríamos decir: “no hay problema”, “no pasa nada”... no habrá miedos ya que al final de cuentas, ese mismo amor echa fuera todo temor, (1ª Jn 4,18)... esto porque los discípulos tendrán quien les acompañe para siempre. Este es el Paráclito, el llamado a de-

fenderlos, el llamado a plantear defensa, el que dará testimonio de La Verdad. Una verdad tan buscada, especialmente, en el mundo influenciado por la cultura griega, ya fuera como elemento racional o ya fuera desde lo religioso.

(Aquí se podría ver un doble sentido, el Espíritu de Verdad como el Espíritu Santo y a la vez, una forma de presentar a Jesús como la Verdad, (Jn. 14,6)

Pero este Espíritu de Verdad pone sus condiciones: Hay que pertenecer a la comunidad, es decir, conocerlo, haberlo visto, por tanto, tener fe que esa posibilidad es real.

Esta afirmación y promesa de Jesús a sus discípulos, me hace pensar en la comunidad educativa, especialmente, cuando el docente comparte sus conocimientos, allí el maestro está a la vez compartiendo su espíritu, su letra, su corazón y su mente. Toda esta amalgama de ideas, sentimientos, gestos y expresiones han de conformar el espíritu que se introduce, se hace uno, se diluye, se reconstruye y queda en la mente, el corazón, las ideas, sentimientos, gestos y expresiones de sus alumnos y que continuará con ellos aún cuando ya no estén en las aulas.

En días pasados, estuve compartiendo con uno de los estudiantes del Seminario y pude ver reflejados algunos pensamientos de sus profesores; incluso he podido comprobar que algunos estudiantes se sienten honrados de haber estado en vuestras aulas.

En lo personal, me he puesto a pensar qué es lo que todavía permanece del “espíritu” de algunos de mis profesores y sí algunas cosas se mantienen vivas en mi espíritu... y seguramente, muchas de esas han quedado también en el espíritu de algunos de mis estudiantes.

De manera anecdótica, recuerdo de la influencia permanente en una persona cuando fui profesor en un grupo de adolescentes en una Iglesia en Costa Rica. Según me cuenta dicha persona, yo les comenté que cuando se sintieran nerviosos podrían tomarse un vaso con agua y que así se calmarían... pues hace algunos años al recordármelo, me dijo que cuando, como Decano, tenía que coordinar la reunión de su Facultad siempre tenía su vaso con agua, ese fue en un tiempo difícil en esa institución educativa.

(Lo veis... pobrecitos de ellos! Será por esto que cada vez que comparto algo, me entra un tremendo temor y temblor).

Bien, también pienso que ese Espíritu de Verdad, ese Otro “llamado a dar testimonio”, que en ese momento era una promesa, ahora cuando escribe el evangelista, ya ha llegado y ya está con la Comunidad de Discípulos. Debería ser algo parecido para nosotros en este tiempo, pues aunque ya está con nosotros el Espíritu Santo, a la vez debemos asumir esta promesa como algo que se renueva ante las situaciones que consideremos críticas, tal como fue para los discípulos de Jesús su partida por la muerte en la cruz.

Es pues, el Espíritu Santo, ese Otro que ahora está con nosotros para acompañarnos en las situaciones que nos angustian. Es confortante, sentir que ante la falta de estudiantes dependemos de El con esperanza de las nuevas solicitudes de ingreso. Es gratificante ver que, ante el enclaustramiento y soledad que esta actual sociedad y forma de vida produce, nosotros sí nos podemos reunir semanalmente en diversos momentos como una comunidad.

Esa actitud fraterna y paterna – materna, es la concreción de la promesa que El no dejaría huérfanos a los suyos, porque ese Consolador estaría con cada uno para atender a cada otro.

En este texto de Juan 14, es interesante notar que “los huérfanos” quienes en otros momentos han representado a los sectores débiles, a los cuales se les debe brindar especial atención, aquí sólo sirve para recordar que los discípulos mantienen una protección permanente y directa, ya no sólo desde el Espíritu sino también con la presencia de Jesús que ha de volver a sus seguidores, lo cual es una alusión muy directa a su resurrección.

Es cierto, no todos lo verán de nuevo por que no todos le aman, no confían ni hacen caso de sus palabras, (Jn. 14,22-24). Como quien dice, no todos los que oyen, escuchan. Es “el mundo”, según San Juan, quien no puede recibir ni conocer al Espíritu, porque ese es el mundo de injusticia, de opresión contra los más débiles, es el mundo de la idolatría del dinero y de la posesión de objetos y también hasta de sujetos.

Por lo tanto, quienes viven ese “mundo” tampoco podrán discernir cómo se hace realidad esa estrecha relación entre Quien dice (Jesús), lo Que dice (Su Palabra – Espíritu), de Quien dice (el Padre) y a Quienes lo dice (Comunidad), seguramente es esta relación inmanente la que permite que podamos considerar a la Iglesia como Cuerpo de Cristo.

Viendo esta interrelación tan estrecha, me gustaría imaginar que nosotros podríamos mantener nuestra dinámica comunitaria con todos aquellos que conformamos nuestra Comunidad Educativa, por muy difícil que se nos plantee, especialmente, en los programas de educación a distancia.

Es decir, (si me permitís el término) que la virtualización de nuestra palabra y conocimiento no sea un impedimento para el estudiante allá en la lejanía y que también reciba esa porción de nuestro espíritu que necesitará para sentirse acompaña-

do, para no sentirse “huérfano” ante las tareas ministeriales por las que ha optado. Ojala encontremos formas para que aún desde la pantalla del ordenador nuestros estudiantes sientan nuestro espíritu de amor y así, ellos también aprendan a convivir para poder vivir en medio de un mundo de prisas, soledades y egolatrías.

Esto no es más que intentar relaciones educativas acordes al proyecto del Reinado de Dios en donde todos, docentes y estudiantes quienes como sujetos, mantengamos ese espíritu de sana interdependencia en la construcción de nuevas comunidades de fe, las cuales obedezcan los mandamientos del Maestro porque nosotros hemos podido enseñarles el camino para discernir lo que el Espíritu dice ahora y, a la vez que puedan amarse como miembros de la comunidad de los discípulos del Cristo quien amó hasta las últimas consecuencias, y entonces que nuestros estudiantes sean el reflejo de nuestro servicio al intentar, ahora ellos, una Nueva Iglesia basada en la ética del amor y la solidaridad, la cual finalmente, hará realidad ese Otro Mundo Posible a través de la presencia permanente del Maestro, y el Otro Prometido que junto al Padre está con nosotros y nos ha convocado a su servicio.

Al terminar de escribir estas líneas sólo quiero desear que la calidez humana y la presencia eterna del Espíritu nos fortalezcan en cada una de nuestras tareas docentes, administrativas, ministeriales y familiares.

Para todas y todos, un gran abrazo.

¡En la Esperanza del Reino...HASTA SIEMPRE!

Osmundo Ponce